



Documento de trabajo de la CMIR: “Lo que Dios exige de nosotras y de nosotros”: Discernir, confesar, dar testimonio en tiempos de Covid-19 y más allá

Vivimos en un momento de la historia que nos presenta la confluencia de al menos tres manifestaciones calamitosas: (a) una emergencia climática que nos ha colocado cara a cara ante la destrucción total de la Tierra y la extinción de la vida tal como la conocemos. La devastación de las selvas tropicales, el Amazonas en llamas, la desertificación del África subsahariana, el aumento del nivel del mar que ahoga las islas del Pacífico, las inundaciones, los huracanes y las olas de calor son la evidencia de la arrogancia de la humanidad para deshacer lo que Dios ha creado. (b) Hoy, en demasiados casos, la política nacional está dominada por nacionalismos estrechos, étnicos (a veces cristianos), racismo, supremacía blanca, autoritarismo, intolerancia legitimada y fanatismo religioso. A nivel global, no nos está yendo mejor. Las políticas exteriores se caracterizan por el acoso en lugar de la negociación respetuosa; la capitulación sin opciones en lugar del entendimiento común; la sumisión forzada en lugar de asociación igualitaria; una peligrosa ilegalidad en lugar de respeto por el derecho internacional. Un nacionalismo étnico y religioso fanatizado en lugar de una seguridad global inclusiva, y odio xenófobo en lugar de una comprensión de nuestra humanidad común. Un expansionismo imperialista en lugar de la coexistencia pacífica; la explotación capitalista neoliberal destructiva y desenfrenada en lugar de la seguridad planetaria; la matanza internacionalizada en lugar de la promoción y la protección de los derechos humanos, y una vanidad nacionalista en lugar de una actitud de servicio global. Es una forma de vandalismo político internacional. c) El presidente Trump, que parece considerarse a sí mismo como el líder elegido de todo lo mencionado, preside un imperio en decadencia. Y, como sucede con todos los imperios que enfrentan su propio vergonzoso final, representa un peligro aún mayor para el mundo y para su propia gente, a quienes ya no puede distinguir de aquellos a quienes consideraba enemigos.

A todo lo anterior se ha sumado el coronavirus, que marca el inicio de una crisis de miedos, incertidumbre y una devastación nunca antes vista. Frente a todo ello parece surgir una fuerza: la revolución global contra la injusticia, la violencia imperialista y la codicia, y por la vida, la solidaridad mundial y la dignidad humana. Por lo tanto, nuestra respuesta no atañe únicamente a una crisis, sino a todo el conjunto de crisis que hoy nos rodean. Un complejo sistema de poder dominante y de dominio que se fusiona con aquello que nos atrevemos a llamar apartheid global. Un sistema de muerte excluyente y explotador, un orden escandaloso de un mundo caído en manos de ladrones.

El propio coronavirus ha destruido el mito de que la pandemia es "la gran igualadora". No solo ha puesto en evidencia las criminales inequidades en la atención médica, sino que ha revelado todas las desigualdades económicas, sociales y políticas estructurales, institucionales y sistémicas arraigadas, y la guerra amplia y sin fin contra las personas pobres y vulnerables, a nivel global y nacional. Ya sea que estemos hablando de personas de color en los EE. UU. De NA, el Reino Unido y Europa, o de nativos americanos en los EE. UU. De NA, Canadá, Bolivia, Brasil o Chile, el elemento racial en todo esto, a nivel nacional y global, ya no se puede negar. Las personas expertas manifiestan que la pobreza, el hambre, las enfermedades y la violencia magnificadas por la pandemia, incluyendo a la violencia de género, hacen pequeño el número de personas que mueren a causa del virus. Todo esto va en otra dirección que los llamamientos a la solidaridad que la Organización Mundial de la Salud realiza todos los días. Oxfam lo denomina "una crisis de atención". La OMS lo llama una "crisis moral y política". Hace treinta años, Jürgen Moltmann habló de "una crisis de Dios", algo que parece hoy más relevante que nunca.

Las personas pobres se enfrentan a calamidades cada vez mayores en todos los niveles: desde la negligencia criminal de los gobiernos hasta el desempleo y los desalojos; desde las deudas abrumadoras e impagables hasta enfermedades y muertes en cantidades enormemente desproporcionadas. Por no hablar de la desesperación espiritual. Se están ahogando en un río de empobrecimiento cada vez mayor, mientras que las personas ricas no solo se enriquecen más, sino que se benefician descaradamente del virus mismo. La ganancia de 13 mil millones de dólares de Jeff Bezos en un solo día hace apenas unas semanas es asombrosa,

pero en realidad es apenas una gota en el balde de la acumulación de riqueza y la expansión durante estos tiempos. Entretanto, hacia fines de este año, 12.000 personas morirán diariamente de hambre, la mayoría de ellas en el Sur Global y en el Tercer Mundo del imperio.

Mientras se busca una vacuna, esperamos que frene la marea e incluso se revierta el avance del virus, las personas ricas ya se han garantizado su propia seguridad. Estados Unidos de Norteamérica ha acorralado al mercado de la vacuna al afianzar contratos por valor de casi 7 mil millones de dólares con cuatro compañías farmacéuticas, por 400 millones de dosis de estas vacunas. Otros países ricos, como el Reino Unido, están haciendo lo mismo. Los países pobres no solo quedan lejos en la fila, sino que están completamente fuera de la vista. Nunca antes el Apartheid Global había sido tan evidente. Toda la sutileza y la ofuscación han desaparecido.

Lo predicho constituye una descripción veraz, aunque dolorosa, de lo que la Confesión de Accra llama “un mundo escandaloso”, solo que 100 veces peor. La Confesión de Accra es nuestra propia creación y es una tierra firme a la cual regresar en los esfuerzos de la Comunión Mundial para responder y para ayudar a nuestras iglesias a dar respuesta a las múltiples crisis que enfrentamos. Pero la urgencia es feroz. Así que sugiero que en nuestra aplicación de Accra hoy, debemos acabar con la dañina civilidad del compromiso teológico y la pacificación. Ya no debemos dudar en abrazar la tradición reformada radical y al Calvino radical. Sobre esta base, debemos establecer una postura clara y firme ante las nocivas teologías fundamentalistas, en su mayoría importadas del exterior, a las que ha sido sometida nuestra gente en el Sur Global, y que han causado un enorme daño a nuestras sociedades. El virus también ha exacerbado a estas teologías. Debemos aprender a abrirnos a la sabiduría de las tradiciones y religiones indígenas, a las que están regresando ahora muchos de nuestros pueblos en las comunidades indígenas para crear nuevos modos comunes de comprensión, de solidaridad y de acción.

*Accra* lo expresa con claridad: vemos al mundo “a través de los ojos de las personas sufrientes e impotentes”, porque sabemos que el verdadero escándalo de este mundo solo puede vislumbrarse a través de los ojos de quienes lo ven desde el fondo del pozo. Los párrafos 5 y 28 hablan de “los clamores del pueblo”. Pero Calvino nos enseñó que cuando las personas

oprimidas gritan "¿Hasta cuándo?" es "como si Dios se oyera llorar a sí mismo". Los gritos de las personas pobres son en realidad los gritos de Dios. El punto 5 habla de "las heridas del pueblo y de la creación", pero Calvino también habla de las heridas de Dios. Toda injusticia infligida a las hijas y a los hijos de Dios es una herida infligida a Dios. Al realizar acciones de justicia, no solo estamos sanando a las hijas heridas y a los hijos heridos de Dios, estamos sanando las heridas de Dios mismo. El punto 6 nos recuerda que debemos mirar las "causas subyacentes" de la condición escandalosa. Por tanto, nuestra crítica de las "condiciones económicas injustas" debe transformarse en una crítica filosa, sin barnices y bien informada del capitalismo neoliberal en todas sus formas. Cualquier respuesta al coronavirus no debe incluir solo un llamado a un Fondo de Reconstrucción, debe incluir también un llamado a la cancelación inmediata de toda la deuda del Tercer Mundo. La acción hacia un Año Jubilar con todas sus implicaciones políticas y morales debe ser urgentemente revitalizada. (Lev. 25, el Padrenuestro, "perdónanos nuestras deudas", revisado).

Sin embargo, en medio de todas estas realidades de muertes hay un signo de esperanza. Y lo percibo en la revolución global Black Lives Matter (Las vidas negras importan) contra el imperio en las calles de ciudades y pueblos de todo el mundo. Con toda su inclusividad internacional interracial, inter géneros, constituye una energía esperanzada, valiente e iconoclasta contra la sumisión al imperio y frente a la desesperanza. La revuelta contra el linchamiento de cuerpos negros es una revuelta contra el linchamiento de una vida llena de esperanza y de sentido. Esta es la revolución mundial que Martin Luther King Jr. percibió que empezaba a desarrollarse en sus días, y pidió a las personas de buena voluntad que se coloquen "del lado correcto de la revolución". Es una revolución que responde a "la demanda del pueblo por el poder como portador de dignidad y por una participación significativa y responsable en la sociedad y la historia social", como la describe el teólogo laico indio M.M. Thomas. Es el poder de quienes, impotentes, le arrebatan el poder de las manos a los poderosos. Es vivir el Magnificat en nuestros tiempos. Es, en todos los sentidos de la palabra, un momento kairótico.

La pregunta para la Comunión Mundial, por lo tanto, no es si se está produciendo una revolución, sino ¿de qué lado de la revolución estamos? ¿Qué significa "el seguimiento de Jesús de Nazaret" como lo exige Accra? La cuestión no es si podemos discernir los signos de

los tiempos. Esas señales son demasiado claras. La pregunta es, más bien, como lo expresara MM Thomas, si "las personas cristianas pueden percibir a Dios obrando a través de las revoluciones del mundo" y si estamos "tomados y tomadas por la verdad esencial", que es aquella que trata de la justicia, la dignidad, la vida y la creación de una nueva humanidad.

Accra se ubica deliberadamente en línea con la Confesión de Belhar. Pero, ¿tenemos la capacidad de demostrar la diferencia entre una Iglesia Confesante y una iglesia con una confesión? Para Belhar eso significa "que la iglesia está llamada a estar donde Dios está: es decir, con las personas pobres y oprimidas, y *contra todas y cada una* de las formas de injusticia". Estar con ellas significa estar con ellas en su lucha contra la injusticia y por la dignidad y la vida. El empoderamiento espiritual, el estímulo y el consuelo siguen siendo una gracia, pero ofrecer "pensamientos y oraciones" es algo que atañe a políticos sin imaginación que se han perdido su capacidad empática. Deberíamos encontrar las maneras de unirnos a la revolución. El poder y la capacidad destructiva del imperialismo y la revuelta contra él no son Escila y Caribdis, a través de los cuáles la iglesia debe intentar navegar de manera segura. Es una elección que debemos hacer, recordando que: "Muchas son las personas llamadas, pero pocas las elegidas. Y las que sean elegidas, serán conocidas por sus elecciones".

El Adviento constituye un tiempo de anticipación y de expectativa para que el Dios que permanece detrás del velo (?) sea con nosotras y nosotros. Expresa el deseo que la divinidad se nos revele durante nuestro peregrinaje. La constante sensación de asombro que acompaña al Adviento es que no constituye apenas nuestro deseo de caminar con Dios, sino el deseo de Dios de caminar a nuestro lado, que Dios realmente quiere establecer la tienda de Dios entre su pueblo. Pero, como en la historia de Adviento, también nos acechan sombras que amenazan la vida y que oscurecen nuestras esperanzas y nuestras expectativas en todas las áreas y en todo momento. Las buenas nuevas de los ángeles a los pastores están ensombrecidas por las noticias de muerte que llegan desde Jerusalén mientras viajan a Belén. El viaje de los magos está ensombrecido por las lágrimas de Raquel. El viaje de María hacia la casa de Isabel se ilumina en la gloriosa alegría de la vida que está llegando. Sin embargo, este momento está ensombrecido por el profundo conocimiento de que una espada atravesará sus corazones. Sin embargo, en lo alto y a pesar de todo, brilla la estrella que "se eleva en el este" y se mueve a través de los cielos más allá del lugar del oscuro engaño y de la política

mortal, para "detenerse en el lugar donde estaba el niño", la obstinada y brillante luz de la esperanza y de la alegría y de la vida no solo flotando en el cielo, sino iluminando la oscuridad de aquí abajo, llevándonos hacia aquello que es verdadero y perdurable: Emanuel, el Dios con nosotras y con nosotros.

En este Adviento, ambos nos preparamos para peregrinar con Dios a la vez que le pedimos que camine junto a nosotras y nosotros, que arme la tienda de Dios entre su pueblo mientras caminamos en unidad en este tiempo que requiere formas nuevas y más profundas de solidaridad y de construcción de alianzas.

El Adviento es un período en el que hacemos memoria de varios peregrinajes. El de María al ir a visitar a Isabel, el camino de María y José a Belén, el viaje del ángel para hablar con los pastores, el recorrido de los pastores para ver al niño Jesús, el peregrinaje de los magos y la huida a Egipto para escapar de los malos designios de Herodes. Y nos recuerda los desplazamientos y los peregrinajes de nuestro tiempo, donde los viajes propagan el virus, donde las personas trabajadoras migrantes luchan por regresar a casa porque ya no hay trabajo, donde el hogar no es un espacio seguro sino un espacio de violencia y de amenazas.

Cada uno de estos peregrinajes representa la solidaridad humana y la resistencia al Imperio. Cada uno de estos movimientos puede y debe desarrollarse por derecho propio. Pero hay dos aspectos comunes que nos interpelan en este tiempo. El primero es que en cada uno de ellos la salvación no se encuentra en los centros del poder sino en los márgenes, indicándonos la necesidad de caminar hacia los márgenes para poder hallar nuestra salvación común.

Sabemos ahora, más que nunca, que nuestra salvación no vendrá del Capitolio (sean cuales sean los resultados de las elecciones) sino que surgirá de las calles de Ferguson, donde un muro de representantes eclesiales se esforzó para separar a quienes se manifestaban de los bastones de las fuerzas policiales. Así como el relato bíblico de los magos nos mostró que nuestra salvación no vendrá del palacio de Herodes sino de un pesebre, sabemos que no podemos poner nuestra esperanza en las bolsas de valores del mundo, sino que ella aparecerá desde los barrios de humildes viviendas de África central, desde las calles de Chile y desde los indígenas de Bolivia. La salvación no llegará de viejos hombres blancos en las instituciones de

educación superior que caminan por los corredores del poder, sino que vendrá de los niños y niñas, de los y las bebés.

Y así, vamos peregrinando con Aquel que nos convoca hacia él y que se encuentra entre las personas empobrecidas, esclavizadas, desamparadas, desposeídas. Que el pesebre se abra a un nuevo espacio donde antes no existía ninguno. Y este es a lo que nos convoca el Adviento: a la novedad en los márgenes, a un Dios de vida que no es posible hallar en los pasillos del poder.